

Ud. aprieta el botón...

■ En 1890, la Eastman Company, que fabricaba máquinas fotográficas, acuñó un slogan publicitario que significó el éxito inmediato de su producto y el establecimiento de un imperio industrial que se prolonga hasta nuestros días. El slogan decía: "Usted aprieta el botón y nosotros hacemos lo demás".

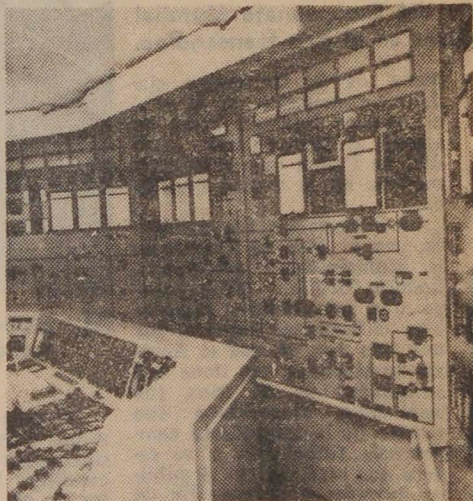
Sin proponérselo, quizás, los publicistas de la Eastman Company exaltaron una ilusión que el hombre había acariciado desde la iniciación de la Revolución Industrial: que la máquina lo reemplazara en sus tareas, limitándose él a ordenarle que haga el trabajo.

Ya vamos para el siglo de que el hombre ha estado apretando botones de distintas máquinas y los beneficios de tan apasionante tarea no parecen muy convincentes, en un balance final.

En teoría, la delegación que el hombre hacía de su trabajo en la máquina lo habitaba para tener un mayor tiempo libre y, con ello, preocuparse de cultivar su espíritu. El hombre que se limitaba a apretar un botón disponía de la libertad para pensar, para crear, para reflexionar. Sin embargo, en alguna etapa del proceso los factores parecen haberse invertido y hoy tenemos que reconocer que es el hombre quien trabaja para la máquina y no ésta para él.

Quienes tienen la experiencia de trabajar con esa maravilla de la tecnología moderna que son los computadores, pronto advierten que el trabajo que esa máquina realiza los obliga a estar constantemente alimentándola de la información requerida y, al poco tiempo, ya no hablan de que están trabajando "con" un computador, sino "para" un computador. Una experiencia similar tienen los que laboran para la televisión. El consumo de imágenes que implica una programación diaria, obliga a quienes trabajan en ese medio a entregar cualquier cosa con tal de satisfacer el apetito del monstruo que devora y devora ideas, noticias, dramas y números musicales. Todo intento de calidad creativa se estrella ante la urgencia de llenar tiempo. Las necesidades de la máquina electrónica se imponen sobre la necesidad de expresión de quien se supone debiera manejarla.

Al poner en ejercicio la ley del menor esfuerzo de apretar un botón y que "lo demás lo hagan otros", el hombre ha ido limitando facultades que le eran propias. El rápido "click" del obturador de una máquina fotográfica ha reemplazado a la observación de naturaleza y objetos, al intento de copiar sus formas y, así, desentrañar la esencia misma de ellos.



Al apretar el botón que conecta el transistor o pone en movimiento la cassette, el hombre renuncia a la posibilidad de hacer él mismo la música, de cantar, de tocar un instrumento. Y al apretar el botón del televisor y principiar a mirar telenovelas, series o dramones, limita su capacidad de en-simismamiento y de sueños y sus ansias de aventura se satisfacen con la ficción que le ofrece la imagen electrónica.

Al igual que lo que sucede con el signo monetario, que en la medida en que se expande en cantidad, pierde su valor, en nuestra civilización se ha producido una inflación mucho más peligrosa que la económica.

La música, las imágenes, los dramas obtenidos por el simple proceso de apretar un botón han ido perdiendo su calidad de develadora de la naturaleza humana, para convertirse en un artículo más de consumo. En la medida en que se ha perfeccionado la máquina, el hombre se ha empobrecido.

Tal vez llegue el día en que algún publicista, auscultando la honda insatisfacción que crece en el ser humano, acuñe un slogan inverso al que provocó el auge de la Eastman Company: "Nosotros apretamos el botón y Ud. hace lo demás".

Y en ese camino de hacer las cosas, de emplear cerebro, manos, espíritu y cuerpo y no sólo el índice de la mano derecha, quizás el hombre vuelva a encontrar la ruta perdida de su perfeccionamiento espiritual.

PARTIQUINO